

da vez, y antes de 1792 *senior* de toda la Facultad y también de toda la Academia. Y en cuanto al estado de su posición económica, baste saber que al advenimiento de Federico Guillermo II recibió el aumento de 220 *thalers* y que tuvo desde entonces 620 *thalers* anuales.

No brilló menos Kant como profesor que como publicista. Cuando todavía no había dado á luz más que una pequeña disertación (sobre cuestiones de física), explicó su primera clase (1755). Borowski, que asistió á la apertura del curso, hace de ella la breve descripción siguiente: «Vivía entonces en la ciudad nueva con el profesor Kipke. Un número increíble de estudiantes ocupaba por completo la vasta sala que allí había y el vestíbulo, y se extendía hasta las escaleras. Esto parecía embarazarle. No teniendo el hábito de estas cosas, hablaba más bajo que de costumbre y se corregía con frecuencia excesiva. Pero esto hacía crecer nuestra admiración y nuestra devoción por aquel hombre, que todos creíamos de un vastísimo saber, y que sin temor verdadero se presentaba ante nosotros con tanta modestia como ingenuidad.»

Sus cursos eran populares, para las muchedumbres; trataba asuntos de geografía física y psicología empírica ó exclusivamente de filosofía. Su método de enseñanza era esencialmente mayéutico, relacionándose en algún modo con la que había de ser más tarde la regla fundamental de su ética: «Obra de tal manera, que los principios de tus actos puedan ser al mismo tiempo las bases de una legislación universal.» Severo, intenso, riguroso, educativo, aspiraba,

como Sócrates, á enseñar no una filosofía, sino á «filosofar» (*das Philosophieren*). La *docta ignorantia* de Nicolás de Cusa le llevaba, no á propagar una doctrina hecha y conclusa, articulación cerrada, literal, primera condición de la llamada escuela filosófica, sino á indagar libremente la verdad, en compañía obligada de la propia conciencia, lo que da muy otro y más alto género de unidad á la metafísica (1). El mismo Kant enunció los principios de su método de enseñanza en un programa que data de aquel período: *Nachricht von der Einrichtung meiner Vorlesungen in dem Winterhalbjahre von 1765 und 1766*. Allí manifiesta que lo primero es lograr que los alumnos formen de las cosas una presuposición ó *prolepsis* (πρόληψις); lo segundo, hacer que, repitiendo la experiencia, física ó mental, lleguen á la opinión (δόξα); lo tercero, que, seleccionando hipótesis y convicciones, se eleven al conocimiento (λόγος).

Herder, que fué oyente de Kant durante varios años, á partir de 1762, recordando más tarde, en el tomo III de sus *Briefe zur Beforderung der Humanitaet* sus años de juventud académica, hizo de Kant, como profesor de filosofía, una pintura entusiasta. Según afirma, Kant era jovial como un muchacho, y sus lecciones, á la par que instructivas, eran ame-

(1) Véase el elegante prólogo que Giner puso á los *Trabajos filosóficos y discursos políticos* de Salmerón, y lo que dice á propósito del procedimiento pedagógico en filosofía, hablando de Sanz del Río, su maestro.

nas. Tenía una memoria prodigiosa y un talento particular para encontrar relación entre las cosas más separadas, al parecer, por la naturaleza y por la razón. Con el mismo interés con que comentaba á los físicos (Kepler, Newton), invocaba á los moralistas (Shaftesbury, Hutcheson, Labruyère) y examinaba á los filósofos (Leibnitz, Wolf, Baumgarten, Hume), daba entrada á escritos sociales, pedagógicos y hasta literarios, principalmente de Rousseau (*Contrat sociale, Emile, Heloise*), concediendo menos importancia á las especulaciones metafísicas y al desenvolvimiento intelectual que al conocimiento imparcial de la naturaleza y al valor moral del hombre. La historia, la antropología y la cosmografía formaban la base experimental de sus conferencias. Zedlitz, el primer ministro prusiano (á quien Kant dedicó más tarde la *Kritik der reinen Vernunft*), se hacía mandar los manuscritos de esas conferencias, que tenían que recorrer ochenta millas de distancia. Pero, á lo que parece, su interés efectivo requería la audición para ser apreciado, porque Kant hablaba con tal exactitud y tan pintorescamente de los detalles de las cosas, que más de una vez se le hubiese tomado por un turista y nadie diría que había vivido toda su existencia en la Prusia Oriental. En una ocasión describía el puente de Westminster, de Londres, su forma, dimensiones y medida con tanta claridad y puntualidad, que un inglés que le estaba oyendo le tomó por un arquitecto que había residido muchos años en la capital de la Gran Bretaña. Del mismo modo

hablaba otra vez de Italia como si hubiera conocido ese país por larga y propia experiencia (1).

De 1770 á 1781 Kant acabó por desinteresarse casi en absoluto de los problemas metafísicos, y aun la misma existencia de Dios la exigía únicamente como fundamento de la razón práctica. Para el conjunto de las investigaciones de la ciencia reclamaba el criterio mecanicista más riguroso. Llamaba al hilozoísmo la muerte de toda filosofía natural (2), cabalmente porque hace imposible la concepción mecánica de los fenómenos de la naturaleza. Sin embargo, no es por otra parte menos cierto, según dejé establecido en otro libro (3), que Kant pasa con razón por el padre del dinamismo ó continuísmo, que es un hilozoísmo físico ó experimental. Sus sucesores no han insistido sin motivo en esta teoría de la continuidad, que, si no implica el panvitalismo y el pansquismo rigurosos, les prepara bien los caminos. Ciertamente es que esto debe entenderse de la época en que preparaba los *Metaphysischen Anfangsgründe der Naturwissenschaft*, pues más tarde, cuando con su *Kritik der reinen Vernunft* se hubo quitado el suelo de debajo de los pies, Kant se deslizó sin querer en una pendiente que le llevaba á combatir el materialismo realístico, para presentarlo luego, bajo la forma de criticismo empírico ó escéptico, como materialismo feno-

(1) Kuno Fischer, *Kant's Leben*, iv.

(2) Véase su *Metaphysik* (en las *Werke*, iv, 440, edición Hartenstein).

(3) *El hilozoísmo como medio de concebir el mundo*, 31, 69, 72, 77.

menal, arrojado en montones de polvo. Mal podía extender la vida y el alma á la naturaleza quien sostenía y afirmaba no conocer más que su sensación, no conocer su propia esencia, no conocerse á sí mismo como substancia. «Por el *yo* ó *él* ó *esto* (la cosa, τὸδε τι, de Aristóteles) no se representa más que un sujeto trascendente de los pensamientos = *x*, que jamás se conoce sino por sus atributos, vale decir por sus pensamientos, y del que no podemos formarnos la menor idea por separado.» En orden al conocimiento, Kant no admitía ideas absolutamente hechas en el alma, sino condiciones de posibilidad de estas ideas, de suerte que al contacto del mundo exterior surge precisamente ese fenómeno que llamamos idea, con las particularidades que constituyen la esencia de toda idea humana. Por su crítica, Kant pretendió haber desvirtuado para siempre la pretensión de conocer lo absoluto, rechazando todo procedimiento artificioso de dar á las concepciones metafísicas más fantásticas la apariencia de deducciones empíricas. La idea de Dios, según Kant, no puede establecerse por medio de la filosofía teórica, pues es idea que emana de la vida del alma, de la actividad práctica del espíritu del hombre. La razón es simplemente la facultad de concebir ideas y nada le toca que hacer en el terreno de la religión, como no sea exaltar su fin exclusivamente moral y desembarazarla de las escorias de la superstición, de la estupidez, del fanatismo, de la locura de místicas soñaciones.

Este fué el campo en el que Kant acabó por establecer de modo definitivo su total y comple-

tísima vivienda. Ya en él, con toda la valentía que presta la intensa lucidez que en un sano ambiente se disfruta, se ratificó en todo cuanto expuso protológicamente y pasó á desenvolver lo que consideraba como sus consecuencias más importantes. Lo que más sorprendió á sus contemporáneos fué la pulverización de las pruebas que entonces se adelantaban de las ideas religiosas y la energía con que Kant afirmó la sublimidad de la ley moral, demostrando su conexión íntima con la naturaleza espiritual del hombre. No cabe prescindir de llamar sobre este punto la atención de todos los espíritus reflexivos, en vista de que han abundado siempre las personas que, tomando en serio la superficial sátira de Heine (1), hablan de contradicciones entre la crítica de la razón pura y la de la razón práctica y de la fábula de Lampe, para quien Kant habría compuesto la última obra, porque se quedaba sin Dios. «Destruído por Kant el deísmo en el terreno de la razón especulativa (dice Heine), el viejo Lampe, afligido espectador de esta catástrofe, deja caer su paraguas y córrenle por el rostro gruesas lágrimas y sudor de angustia. Entonces Kant, moviéndose y probando que á la vez que un pensador ilustre era una persona excelente, medita y dice, en tono entre bonachón y malicioso: *Es preciso que el viejo Lampe tenga un Dios, sin lo cual no puede ser feliz el pobre diablo... Ahora bien: el hombre debe ser dichoso en este mundo... Esto es lo que dice la*

(1) *De l'Allemagne*, I, 131.

razón práctica... Así, pues, quiero que la razón práctica garantice la existencia de Dios. Como consecuencia de este razonamiento, Kant distingue entre la razón teórica y la razón práctica, y con ayuda de esta varita mágica resucita al Dios que había matado la razón teórica...» Heine agrega que «tal vez Kant resucitase á Dios no sólo por amistad con el viejo Lampe, sino por temor á la policía». ¡Verdadera humorada!

En un examen de la teología alemana, hecho en 1839 por Quinet (1), la filosofía religiosa de Kant parecía á ese autor marcar el punto preciso en que las doctrinas del siglo XVIII comenzaron á transformarse bajo la influencia del protestantismo del Norte, y un examen posterior y más atento hubo de confirmarle en tal idea. El drama de la creencia y de la ciencia, tan embargantemente iniciado en Pascal, se desenvolvió en el pensador de Koenisberg apaciblemente, en una mezcla igual de escepticismo y de idealidad. En él alcanzó su grado máximo el sistema de la interpretación figurada, que extendiéndose más cada vez, acabó por insinuar un espíritu nuevo en la letra de la revelación. Mientras que Francia, saliendo del triple muro de la tradición, negaba ostensiblemente el cristianismo por el órgano de los enciclopedistas, Alemania llegaba al mismo fin cambiando, modificando, transformando el dogma, con el propósito y designio de sustituirle por un teorema moral. En Francia, la filosofía procedía con

(1) *Sur la vie de Jésus-Christ du docteur Strauss*, por Quinet.

un espíritu de revolución, luchando al descubierto. Al otro lado del Rhin penetraba y se deslizaba en el santuario, asumiendo sin tumulto el puesto y lugar del sacerdote. Hasta cuando Dios mismo parecía desvanecerse, nada en la forma parecía cambiar. En efecto: cuando, ayudado por el doble escepticismo de Francia é Inglaterra, Kant hubo penetrado en el abismo con más método que uno y otro y hubo empleado todo su escrúpulo en no dejar escapar del dominio de la religión nada de lo que creía filosóficamente incontestable, abocó á un descubrimiento, ante el cual se detuvo: el sentimiento ético, que era como el genio íntimo de la raza de hombres á la cual pertenecía, la conciencia, la ley del deber, divinidad nueva que no pudo decidirse á destruir y que erigió en sustitución á todas las otras. Por medio de este pensamiento, único que se reservó entre tantas ruinas, se consagró á realzar, reconstruir y reformar el mundo divino y social en el mismo instante en que parecía haberlo abolido.

Mientras vivió su admirador y protector Zedlitz, el poderoso ministro de Federico el Grande, pudo Kant escribir sin obstáculo alguno y aun con el beneplácito y estímulo de las autoridades; pero llegó un tiempo que fué mirado por éstas con malos ojos. Debióse este cambio á la muerte de Federico el Grande y á la destitución de Zedlitz. El sucesor del primero, Federico Guillermo II, príncipe disoluto y débil de carácter, á quien Jefferson comparó con un cerdo, espiritista y místico en una pieza, temía al racionalismo y al liberalismo, que juzgaba importación malsana de Francia, y apoyó deci-

didamente á la reacción clerical. El sucesor del segundo, Wollner, á quien Federico el Grande había rehusado ennoblecer, calificándole con este motivo de «trapacero, intrigante, ridículo, su excelencia nadie, cómico de la legua» (1). al encargarse de dirigir los asuntos eclesiásticos y la enseñanza, comenzó por instituir un colegio de censura, compuesto de tres teólogos. Príncipe y ministro fijaron muy particularmente la atención en Kant: á sus ojos, en aquel momento, el dulce pensador era un espíritu sospechoso de incredulidad, y trataron, si bien no lo lograron, que suspendiese el curso de sus publicaciones. Y ese momento (1794) escogió Kant para dar á luz su libro más importante en materia religiosa: *Die Religion innerhalb der Grenzen der bloesen Vernunft*. Este libro, resumen de sus creencias, se compone, según las investigaciones de Dilthey (2), de artículos tomados de diversas publicaciones de Kant y reunidos en un solo texto. Se publicó por primera vez en la *Berliner Monatschrift*. El colegio de censura se opuso á la publicación del segundo artículo, y aunque la redacción recurrió en queja á su Graciosa Majestad, la contestación fué que «hablaban en favor de los supuestos civilizadores», que la Iglesia y la religión positivas eran cosas santas, y que se guardase nadie de tocar á ellas, si no quería convertirse en enemigo público. En tales circunstancias, el Consejo de Ministros resolvió atenerse á la decisión del colegio de censura. Por

(1) Fromm, *Kant*, 19.

(2) *Archiv für Geschichte der Philosophie*, III, 418.

su parte, Kant, con su habitual prudencia, había preguntado á la Facultad de Teología de Koenisberg si las doctrinas del libro necesitaban someterse á un examen teológico censorial, y como se le contestase negativamente solicitó y consiguió de la Facultad de Filosofía licencia para imprimir en un volumen todos sus artículos. Pronto fué oficialmente censurado. El rey en persona le dirigió una carta para mostrar su desagrado porque el filósofo desnaturalizaba y rebajaba las doctrinas fundamentales del cristianismo. Le echó en cara el haber abusado de su cátedra y el haber faltado al deber que los profesores tienen para con la juventud. El rey esperaba que en adelante Kant no cometería ya semejante falta y le amenazaba con destituirle si no obedecía sus órdenes. Todo esto escrito en el estilo brutal y chabacano de una corte militar. Kant prometió no dar ninguna otra lección ni escribir más sobre la religión natural ó revelada; conservamos á este propósito una nota suya: «Retractarse, sería una infamia; pero callarse en un caso como éste, es deber del súbdito» (1). En su respuesta se esforzó en probar lealmente que en sus lecciones no hablaba de la Sagrada Escritura; que no había podido despreciar el cristianismo por la razón de que no hacía apreciaciones sobre él, no versando su curso más que sobre la religión natural; que, lejos de rebajar la religión cristiana en sus escritos, la había presentado siempre como conforme con la religión natural. Hay algo de

(1) Hartenstein, *Kant's Werke*, I, 204, 208.

verdad en esta apología, pero es más bien en la forma que en el fondo. Kant fué siempre respetuoso con el cristianismo, pero no tenía gran respeto á las revelaciones llamadas sobrenaturales (1). Pocos años después moría Federico Guillermo II, y su sucesor inauguró una política más liberal. Kant volvió entonces á redactar escritos sobre filosofía de la religión, y en 1798 publicó la historia de la desavenencia en el prólogo á su *Streite der Facultaeten*. Esta historia es un ejemplo irritante del modo cómo el fanatismo limitado se esforzaba á menudo en trabar el libre desenvolvimiento del espíritu. Felizmente, Kant no se dejó poner trabas, con lo que unieron lo ridículo á lo escandaloso. «Los que pusieron la mano sobre la venerable figura de Kant (dice Hoeffding) (2) ocupan en la historia un lugar al lado de aquellos otros que amordazaron á Galileo, forzándole á que declarara la inmovilidad de la tierra. El espíritu es ya tan móvil como la tierra.» ¡Discreta y provechosa lección que deben aprender y nunca olvidar los perseguidores de las doctrinas originales! Kant se sometió, más como Pocquelin se interpretaba: sin enturbiar su genio, conservando toda su moralidad científica.

En 1794 (algunos biógrafos afirman que en el Verano del año siguiente), dejó de tener Kant cátedras particulares, pero continuó las públicas hasta 1797, en que dejó totalmente la ense-

(1) Laurent, *La religion de l'avenir*, II, 1, 5.

(2) *Geschichte der neueren Philosophie*, II, 42.

ñanza, para dedicarse á ordenar muchos de los preciosos materiales que en tantos años había recogido. Desde 1799 principió su salud á mejorar visiblemente, y en 1800 dió una caída que aumentó sus males. A partir de esa fecha no pudo salir más á pie y se quejaba de que le parecía el tiempo largo. A ello vino á unirse una constante pesadez de cabeza, que excéntricamente atribuía á la electricidad del aire, para hacer que sus sufrimientos fuesen producto de circunstancias, y no de su propia debilidad. El 8 de Octubre de 1803 tuvo una gran indigestión, se desmayó al levantarse de la mesa y permaneció muchas horas privado de sentido. Perdió, á consecuencia de este accidente, el apetito y el sueño, y sus sentidos se debilitaron tanto, especialmente la vista, que no podía escribir su nombre, ni certificar sus recibos, ni contar su dinero, ni ocuparse de sus asuntos. El 7 de Febrero de 1804 perdió el habla, que volvió á recobrar el 10, pero por poco tiempo. Al fin vino la muerte á sacarle de tan lastimoso estado el día 12 y en las circunstancias que Quincey minuciosamente y elegantemente describe.

## VII

...En esta ocasión pronunció un discurso inaugural (página 13).

El 20 de Agosto de 1770 inauguró Kant su profesorado con la tesis *De mundi sensibilis atque intelligibilis forma et principiiis*. El que

respondió en esta ocasión fué Herz, uno de sus más distinguidos discípulos. Allí se presentan por vez primera las ideas fundamentales de su sistema definitivo. Kant había hallado ya su nuevo camino, y en varias declaraciones, consignadas en sus cartas y notas, señaló la fecha de 1769 como la en que se formó en él el plan y las bases de una filosofía completamente nueva. Así dice en alguna parte: «El año 69 me dió gran luz»; y en sus últimos días parece que sólo quería reconocer como suyas las obras escritas á partir de ese año. No es, pues, de extrañar que sus discípulos consideren la fecha (1770) de la aparición de su disertación latina como un momento muy importante que hace época así en la vida exterior como en el desenvolvimiento científico del espíritu de Kant. Muy particularmente Hoeffding ha tratado la cuestión en su monografía *Die Kontinuität im philosophischen Entwicklungsgange Kants*, que se publicó en el tomo VII del *Archiv für Geschichte der Philosophie*, con indicación de fuentes. Cuando Kant dice en muchos pasajes de sus cartas que la *Kritik der reinen Vernunft* es el producto de doce años de trabajo, Arnold (1) cuenta estos doce años á partir del momento en que el filósofo escribió su obra, lo que se verificó según él después de 1778. Hoeffding juzga esto verosímil; pero considerando otros pasajes que indican claramente el 1769 como la fecha más decisiva, cree que es más natural

(1) *Kritische Exkurse auf dem Gebiete der Kant-Forschung*, 182.

contar los doce años á partir de los conceptos que discutió bajo el nombre de *mundi sensibilis et intelligibilis*. Por el año de 1766 podría hallarse el hecho de que Kant, en su antecitada *Nachricht von der Einrichtung meiner Vorlesungen*, etc., emplea por primera vez el término «crítica de la razón», al hablar de la teoría del conocimiento que plantea. Pero hay que distinguir entre el principio de la meditación y su resultado. Este último, y por ende la fecha decisiva, debe colocarse en 1769.

Avanzando más, Hoeffding propone la ingeniosa conjetura de que la teoría de Kant sobre la concepción del espacio se debe á una subjetivación del espacio absoluto de Newton, á una conversión del *sensorium Dei* en un *sensorium hominis*. Vaihinger (1) da una explicación análoga. Sin embargo, en su período precrítica, cuando Kant estaba absolutamente influenciado por Newton y publicaba sus pensamientos sobre la verdadera apreciación de las fuerzas vivas y su disertación sobre el primer fundamento de distinción de los objetos dados en el espacio, consideró á éste como algo que existe fuera de nosotros, como un orden sustantivo de las cosas externas, como una realidad independiente de nuestra intuición y que puede ser conocida por la experiencia sensible y concebida por el entendimiento puro. La idea de que el espacio es, como el tiempo, una forma de concepción puramente humana, no penetró en el cerebro

(1) *Kommentar zu Kants Kritik der reinen Vernunft*, II.

de Kant hasta 1781, fecha de la publicación de la *Kritik der reinen Vernunft*, es decir, hasta que nuestro filósofo se figuró haber demostrado que el mundo de los fenómenos difiere por completo del de las cosas determinantes. Pero ya en 1770, fecha de la publicación de su disertación latina, respetando el pensamiento puro como unidad que existe en la experiencia (aunque sin ponerle en ecuación con el sér puro, como Hegel hizo más tarde), miró á la intuición sensible como una relación unida á la forma y á los principios subjetivos. El mundo externo no es más que un fenómeno, pero con la ayuda del entendimiento podemos elevarnos por encima de él y conocer las cosas en sí. El orden de la sensibilidad es fenomenal, el orden del pensamiento es real. Sólo había que dar un paso más para admitir que también el entendimiento puro, como la intuición sensible, tiene sus límites y condiciones y que, por ende, ningún conocimiento propiamente científico excede de la esfera fenoménica de la observación empírica. Este paso lo dió Kant en la *Kritik der reinen Vernunft*. Aquí no sólo la idea del espacio, pero también la idea de lo infinito, de la que no es más que un símbolo la del espacio, carece de positivo y objetivo valor. Kant la atribuía á las tendencias unitarias de la razón (*Vernunft*), que caen en desacuerdo con el entendimiento (*Verstand*). Pero esto no son más que nombres para un hecho inexplicado. En la época de Kant, la dependencia de nuestro mundo relativamente á nuestros órganos estaba generalmente admitida, y el pensador regiomontano no hizo más que exagerarla, agudizarla, lle-

vanla á sus últimas consecuencias, para negar á nuestras representaciones todo elemento objetivo (*beziehende Verknüpfung*).

## VIII

...En 1781 dió á luz su grande obra «*Die Kritik der reinen Vernunft*» (página 13).

Desde la aparición de la *Kritik der reinen Vernunft* se ha publicado una nueva edición de ella cada diez años, y hoy todavía esta obra es objeto de estudio más extenso y más profundo que las demás obras filosóficas. Gracias á ella, no se ha podido, á partir de entonces, entablar una discusión metafísica sin el asendereado Kant, el indispensable, el traído y llevado Kant. Y este Kant no es el colosal polígrafo, el fecundo escritor especulativo, sólo á Leibnitz comparable en la universalidad de los conocimientos, sino el endeble crítico de la razón pura. Siempre han sido las peores obras de los pensadores las que les han proporcionado más partidarios y dado origen á mayor número de opiniones y sectas célebres en sus épocas respectivas.

En trabajo reciente, debido á la pluma de mi paisano el P. Medio (1) y que ahorra por relación á su asunto la consulta de muchos volú-

(1) *Sobre la naturaleza del espacio* (en la revista *España y América* de 15 de Marzo de 1915).



menes científicos, leemos un juicio incidental sobre Kant, en esta forma: «La filosofía no debe á ese personaje grandes luces que haya derramado sobre ninguno de sus trascendentales problemas, ni tan siquiera sobre considerable número de los más ordinarios, pues todo lo que de él se discute ó se toma en cuenta se reduce á unas cuantas cuestiones sobre categorías del entendimiento, formas *a priori*, etc.; pero en cambio debe él á la filosofía un renombre que otros de mayor ingenio y originalidad no han conseguido...» Este juicio del P. Medio es rigurosamente exacto, si no hay más Kant que el Kant de la *Kritik der reinen Vernunft*, como pretenden los kantianos al uso, tan incomprensivos como ignorar con respecto á la obra total del maestro. Esa *Kritik* es, de las producciones de Kant, la que ha dado más que hablar al mundo, y sin embargo, es el libro más flojo del filósofo. Con tal libro, como con algunos otros en que se manifiesta el espíritu escéptico de Kant, alcanzó el filósofo una deleznable nombradía. Sin embargo, como el hecho consumado de la nombradía no puede negarse, diré algunas palabras acerca de él.

El libro apareció en 1781; pero, como hace notar Heine (1), no fué generalmente conocido hasta 1789. Cuando se publicó, no se ocuparon de él. Aparecieron tan sólo dos anuncios insignificantes. Garve, que se hallaba en los baños de Pymont, cuando recibió la *Kritik der reinen Vernunft* entre otros libros nuevos, puso

(1) *De l'Allemagne*, I, 120.

la doctrina de Kant al lado del idealismo dogmático de Berkeley. Un crítico anónimo consideró que estaba más cerca del empirismo escéptico de Hume. Más tarde llamaron la atención sobre el libro artículos de Schultz, Schütz y Reinhold, pretendiendo probar la originalidad de aquella doctrina. Pero la crítica posterior ha debido reconocer que Kant fué, efectivamente, tan discípulo de Berkeley y de Hume como Platón lo fué de los sabios egipcios.

De lo que no cabe duda es de que Kant mismo atribuía á su *Kritik* una importancia desmesurada. Si nos atenemos á sus cartas y notas de 1770 á 1780 (1), reconoceremos el énfasis con que hablaba á las personas de su intimidad de una su futura teoría elemental trascendental, que abarcaría así los conocimientos prácticos como los teóricos. En Febrero de 1772, escribía á Herz: «Estoy haciendo una exposición, una crítica de la razón pura, que contiene la naturaleza de nuestra facultad de conocer, y cuya primera parte, que contiene los tópicos, procedimientos y límites de la metafísica, y á la que seguirá otra sobre los principios de la moral, publicaré de aquí á tres meses.» En Junio del mismo año escribía al mismo amigo que se ocupaba en un tratado «sobre los confines de la sensibilidad y de la razón». En Noviembre de 1776, quejándose del mal estado de su salud, declaraba no poder concluir hasta la Primavera, y quizá hasta el Verano próximo, «una disciplina,

(1) Schubert, *Kant's Briefe* (en el tomo XI de las *Saemtliche Werke*).

una arquitectónica, un canon, un método de la razón pura». En Agosto de 1777 se quejaba del retardo que le imponía la grandeza del asunto. En Agosto de 1778 hablaba de la obra aun inédita como de un *Manual de Metafísica* en que incesantemente laboraba y cuyas ideas se separaban mucho de las generalmente admitidas y de las por él sustentadas anteriormente. Por último, en Mayo de 1781 nombraba la obra por su propio título, anunciando su impresión en la casa de Hartknoch, de Halle, y señalando su antecedente en la disertación *De mundi sensibilis atque intelligibilis forma et principis*.

Cuando Kant creyó descubrir que el conocimiento intelectual, de igual modo que la intuición sensible, consiste en una síntesis, en una actividad de enlace y de combinación del espíritu, imaginó haber logrado el objetivo que diez años atrás vaticinó consignaría por escrito en el término de tres meses y resumiría en pocos pliegos. La confección del trabajo se verificó entonces en poco más de tres meses (cuatro ó cinco); pero los pocos pliegos se convirtieron en un abultado volumen. Todo hace creer, fuera de esto, que Kant empleó en redondearlo bosquejos anteriores redactados en épocas diferentes, sin examinar siempre con cuidado si concordaban por completo. Por eso confiesan sus más advertidos discípulos que la *Kritik der reinen Vernunft* es un libro que se lee con dificultad, no sólo por los defectos de la forma, sino que también por las incongruencias del fondo. El autor pretendió con su publicación rejuvenecer la filosofía precisamente cuando él, de cincuenta y siete años de edad, entraba en

los contérminos de la vejez. Y tal importancia á semejante rejuvenecimiento atribuía, que desde entonces se mostró moroso hasta el último grado de la indolencia en su correspondencia epistolar y enteramente absorbido por sus ocupaciones oficiales y filosóficas.

Hippel decía en broma que Kant lo mismo hubiera podido escribir una crítica de la razón pura que una crítica del arte culinario, y Heine, el gran humorista, comparaba á Kant con un tendero, por lo exactamente que pesaba los conceptos en la balanza de su crítica. En realidad, esto más bien podía aplicarse al período antecrítico de Kant, en que, sin perjuicio de su teísmo espiritualista al modo de Wolf, se inclina á menudo en las cuestiones particulares al empirismo materialista. Pero después de la publicación de la *Kritik der reinen Vernunft* Kant se consideró capaz de conciliar en su sistema dos tendencias en apariencia divergentes: el entusiasmo especulativo y el impulso de la filosofía moral. Es lo cierto, sin embargo, que los materialistas posteriores, y especialmente Czolbe (1), se aprovecharon ampliamente de las lecciones de Kant para señalar los vicios supuestos de los dogmas metafísicos, insistiendo en la tesis de Kant, según la cual nuestro conocimiento proviene de la acción recíproca del sujeto y del objeto uno sobre otro. Como los adversarios de Hume, estos pseudopartidarios del filósofo de

(1) *Neue Darstellung des Sensualismus*, 187. *Die Grenzen und der Ursprung der menschlichen Erkenntnis*, 130, 210.

Koenisberg admitían siempre como averiguado lo que él tenía por dudoso, al paso que demostraba con vivacidad, y á menudo con una gran arrogancia, lo que él nunca había puesto en tela de juicio. Ellos aplicaban de una manera brutal (*grosso modo*) el principio de casualidad, mientras que Kant había pretendido revelar el origen antropológico de ese principio, estableciendo que nuestro entendimiento busca necesariamente á cada causa una causa anterior, á cada comienzo un comienzo precedente, en contraste con las tendencias unitarias de la razón que reclaman una conclusión. La categoría de la substancia no era tampoco para Kant más que el resultado de nuestra tendencia á la personificación. Asimismo la concepción del fin (*τέλος*) es una concepción indemostrable y carente de todo valor demostrativo en el orden de la experiencia. En cambio afirmó proféticamente el principio de la conservación de la energía, no como un «concepto puro» ó un «juicio trascendental», pero sí como una «analogía de la experiencia», bajo el nombre de «principio de la permanencia de la substancia», que formuló en estos términos: «La substancia es permanente en todos los cambios de los fenómenos y su cantidad no aumenta ni disminuye en la naturaleza.» Pero ¿qué valor podía tener este principio en Kant, que no concedía ninguna objetividad á las concepciones espaciales y temporales y para quien era imposible formar concepto puro ó juicio trascendental sobre otros seres en general, y sí solamente sobre otros seres que estén, como nosotros, modificados por el conocimiento? ¿De qué servía á Kant semejante principio, desde

el momento en que no veía en la llamada «organización espiritual» del hombre más que el aspecto trascendental de la organización física, tal como nos aparece en la «cosa en sí del cerebro», según acostumbraba á decir el materialista Ueberweg? (1)

Kant denomina á su procedimiento *crítico* por el *método* y *trascendental* por el *objeto*. Para él, las llamadas *ideas innatas* no son más que las condiciones generales é indispensables del pensamiento, no el pensamiento mismo, constituyendo su *forma*, no su *materia*, que nos es suministrada por el mundo exterior. Pero, en realidad, Kant no admite más que la forma como condición necesaria de las relaciones exteriores con que se nos presentan los objetos, y sin ella considera el espacio como una intuición pura. Esta incongruencia, que llena todo el sistema kantiano, bastaría para denunciar su inconsistencia ante un público que lo admira sin conocerlo. Pocas personas leen la *Kritik der reinen Vernunft*, y menos aún la comprenden. Tal obra, en efecto, no brilla por su claridad, y atestigua en su autor, por confesión de Spir (2), un estado de pensamiento poco satisfactorio. Contiene, sin embargo, algunas partes menos embrolladas que otras, siendo una de ellas, la más interesante, aquella en que Kant rechaza los esfuerzos de la metafísica que busca los verdaderos fundamentos de todo sér, á causa de la

(1) *Logik*, 85 217. *Grundriss der Geschichte der Philosophie*, III, 27.

(2) *La norma mental*, 137. Véase mi *Filosofía de la naturaleza*, I, 44.

imposibilidad de una solución cierta, y limita la tarea de la metafísica al descubrimiento de todos los elementos de la experiencia dados *a priori*. Pero dentro de su criterio estrechísimo esta nueva tarea es tan impracticable como la antigua, y con razón asombra á un joven filósofo español (1) la obstinación de los neokantianos en llevarla á efecto. Si después de Kant el pensamiento alemán ha caminado tanto y sigue caminando y está dispuesto á caminar en lo futuro, ¿con qué derecho se predica en Alemania la «vuelta á Kant», y en España á los comentaristas de Kant se rinde culto en primer término? ¿Puede ser fecunda entre nosotros una filosofía cultivada con el empeño atávico de encarcelar enrevesadas construcciones, que son críticas ó glosas de la vieja crítica, á los diezmos rebañados de una generación que simpatiza con los juicios sintéticos *a priori*, porque *a posteriori* sabe que para vivir y medrar (en apariencia) hay que apacentarse en Kant ó en sus intérpretes marbugianos?

En el tomo I de mi *Filosofía de la Naturaleza* dediqué 56 nutridas páginas (de la 40 á la 96) á refutar la teoría del conocimiento de Kant y sus aplicaciones á la cosmología. No cuadrando á estas notas la reproducción de uno solo de mis argumentos, me limitaré á indicar brevemente la manera que Kant tuvo de juzgar los *preambula fidei*, las verdades de razón natural (cosa muy diferente de la supuesta «razón pura») que se llaman existencia de Dios y

(1) André, *La mentalidad alemana*, prólogo.

simplicidad, libertad é inmortalidad del alma.

Kant creía imposible emitir en el campo de la razón pura un argumento cosmológico demostrativo de la existencia de Dios. En su sentir, este argumento, como el teleológico, infiere de una existencia dada una que no es dada en la experiencia, y sí sólo en la inteligencia. Ofreciendo muestras inequívocas de no haber entendido el argumento á que se refiere, establece la proposición inconcebible de que se reduce en el fondo al argumento ontológico, rechazado por los mismos escolásticos como una presunción dialéctica ó un prejuicio idealista. Y sobre esta falsa base niega que la teodicea pueda tener valor fuera del orden de las necesidades prácticas.

Más disparatado es aún su criticismo psicológico. Del establecimiento de una teodicea sin Dios pasa al establecimiento de una psicología sin alma. Knutzen, su maestro, en una disertación sobre la *Immaterialische Natur der Seele* había probado que la materia no puede pensar y que el alma es un ser simple. Kant dirigió todo el rigor de su crítica contra esta tesis irrefutable. Según él, lo mismo que desde un punto de vista se llama material, podría ser, desde otro punto de vista y al mismo tiempo, un ente pensante. Por ello rechaza expresamente la hipótesis de una substancia del alma, profesada por Knutzen. El alma es un fenómeno como la materia y debe ser objetivamente analizada. Lo que se llama «observación interna» no suele conducir sino á la alucinación y á la locura. Pero los intereses prácticos de la vida espiritual requieren la simplicidad del alma, y fuera

del terreno de la experiencia es lícito sostener el valor substantivo de nuestra vida espiritual.

Conocido es el audaz pensamiento de Kant, según el que una serie de actos puede ser absolutamente necesaria como fenómeno, mientras que como «cosa en sí» reposa sobre la libertad. Es esta teoría, poco satisfactoria, de una libertad «intemporal», no fué ideada por Kant para mostrar la realidad del libre albedrío, sino solamente para exponer que si creemos en la autonomía de la voluntad por razones de orden práctico, tal creencia será compatible con el hecho de que el «carácter empírico» esté sometido á leyes. Lo que á Kant importaba era que se mantuviese el valor de la libertad frente al fatalismo materialista, especialmente en el terreno de la moral. La libertad, para él, no es un efecto, sino la causa de toda la serie de acciones que motivan el carácter empírico. Kant no trata precisamente de sostener que la conciencia de la libertad es algo real, sino que el curso de las representaciones que se refieren á esa conciencia y al sentimiento de responsabilidad tiene para nuestras determinaciones un interés más esencial que las representaciones mismas, tal como inmediatamente se nos ofrecen en una tentación, en una inclinación, en una atracción natural hacia tal ó cual acto. El *homo noumenon*, conforme á su carácter inteligible, debe ser considerado como dotado de libre albedrío. Kant utilizaba el inmenso espacio vacío, colocado más allá de la experiencia humana, para construir su «carácter inteligible», y hacía esto en virtud del imperativo categórico: «Puedes, luego debes».

El mismo criterio aplica á la cuestión de la inmortalidad del alma. La inmortalidad es posible, porque es legítima. En el mundo real de nuestro pensamiento no se concibe; pero es preciso que exista y resida en un mundo superior. Es verdad que no podemos figurárnosla; pero debemos considerarla como realizable en la cosa en sí de las causas, que se presentan como eternas en el órgano de nuestra conciencia racional, al paso que esas causas, estudiadas con el órgano del entendimiento analítico, no ofrecen más que un encadenamiento de efectos mudables y de hechos perecederos. Sin embargo, semejante concepción no tiene, para Kant, significación teórica, sino que adquiere toda su significación en el dominio de la práctica, respondiendo á la idea, ya emitida por Lessing, de la aspiración eterna, concebida como la verdadera vocación del hombre.

Estos criterios sofisticos extendieron su funesta influencia sobre todo el sistema de Kant, dejando á sus secuaces en el brete y dilema de tener que escoger entre el escepticismo y el misticismo. Hubo quienes se decidieron por el último y vieron en Kant un restaurador original del sentimiento religioso. Así como en Francia hubo quienes pretendieron que Robespierre no era más que un agente de Pitt, así en Alemania hubo quienes llegaron á suponer, en su ofuscación, que Kant se entendía secretamente con sus adversarios y que había destruído todas las pruebas filosóficas de la existencia de Dios para dar á entender al mundo que jamás se puede llegar con la razón al conocimiento del Sér Supremo y que debemos recurrir á la reli-